

liza como en aquella mesa, entre los humildes, entre los pobres obreros, y los ricos, los propietarios, que así daban muestra de una grandeza más sólida: en bella, cuando se hace en nombre de los derechos que un extraño intentaba violar, derechos comunes al capital y al trabajo, y que ambos sostenían como el derecho a la vida, a la respiración, a la luz. Era necesaria esta fraternidad entre esas dos formas: ella daría como resultado una unión aun más estrecha, que no se limite a la defensa en los momentos de la agresión, sino que prevenga la grandeza común llegará a ser el resultado de esa unión, que se puede decir firmada y sellada el domingo, en aquella verdadera agape.

Pero hay que continuar el hilo de nuestra narración. Pasemos por alto las de hondas del servicio, la sencillez de las demostraciones que los obreros poblanos hacían a sus compañeros de México; no refiramos el entusiasmo que en ellos causaba el saber que las asociaciones de trabajadores crecen aquí y se fortalecen por su amor a los nobles ideales y por su exaltada pasión por la dignidad, que los ha llevado a desconocer a los que antes eran su centro y ahora intentaban llevarlos como humildes ovejas a las plantas del poder; callemos otra porción de incidentes, que llevarían muchas columnas, y oñámonos a los límites y a las formas de un vulgar cronista.

Llegó la hora de los brindis. Fue el Sr. Telesforo García, quien, en nombre de la Confederación Industrial, saludó a los obreros de Puebla, dándoles gracias al mismo tiempo por los esfuerzos que para evitar los terribles gravámenes a la industria, últimamente decretados, ellos habían hecho sin tregua, ni descanso, obediencia, digna, juiciosa, Salpicado de bellísimos pensamientos y rasgos ostentó este brindis del Sr. García; uno de ellos llamó sobre todos la atención: «ha sido un error», dijo, «considerar como desentendidos, como antagonistas, el capital y el trabajo. No hay, señores, capital: capital es trabajo acumulado. Será, pues, cuando más, forma de trabajo, pero trabajo al fin.» Y brindó por el trabajo.

Al brindis del Sr. García, siguió el del Lic. Palacios Rojí, como presidente de la Comisión Obrera. El Sr. Palacios, después de honrar las fórmulas usuales de cortesía, hizo en breves y elegantes palabras la historia de los motivos de su misión a México y de los resultados de esa misión, elogiando la bondad con que fué recibido por el Presidente de la República y el ánimo que éste demostró en favor de las clases trabajadoras, ofreciendo modificar el reglamento del impuesto e intervenir toda su influencia para disminuir, en lo posible, el peso de la gabela sobre las mantas. Estos materiales constituyeron el tema del brindis del Sr. Palacios, cuya palabra, vibrante y conmovedora, explicó los triunfos que siempre que habla obtiene, sobre todo entre las clases trabajadoras, con cuyas necesidades se ha confundido, digamos así, el Sr. Palacios en su hombre elocuente; tiene en sus oraciones rasgos felices y sabe —apreciables cualidad— amoldar su elocuencia a la naturaleza de su auditorio y a las circunstancias del momento. Sin embargo, creemos que solo los años le quitarán algo de su natural fogosidad. Un defecto podría echarle en cara un crítico severo: que imprime, casi constantemente, a su discurso, un tono satírdico. Las últimas palabras del Sr. Palacios fueron consagradas a brindar por la armonía entre capitalistas y obreros, y porque aquel abrazo que los de México y de Puebla se daban, fuere fecundo en el porvenir.

El Sr. D. Carlos Olaguibel y Arieta había sido invitado a la mesa; graves quehaceres le impidieron concurrir, y envió la siguiente carta a que dió lectura el Sr. Carrasco:

S. O., Junio 15 de 1879.—Sr. D. Telesforo García. — Presenta. — Mi querido amigo: Tuyo usted la bondad de invitarme ayer a la comida con que los fabricantes de esta ciudad, según entiendo, obsequiaron hoy a la comisión de Obreros de Puebla, que vino a representar contra los últimos y anti-económicos gravámenes impuestos por el Congreso a la primera y más importante de nuestras industrias. Nada me sería más grato que asistir a una reunión en que han de hallarse los representantes de la clase obrera de mi ciudad natal; pero mi salud, quebrantada ahora, me impide tener esa satisfacción. Al dar a usted las gracias por su invitación, le suplico haga presentes mis sentimientos a los obreros de Puebla, dándoles a conocer esta carta, si lo estima conveniente, en el momento oportuno.

Hay una de cuatro años empuñó, por insinuación de un obrero, la defensa de los principios que con tan buen caudal de datos, dedució usted ahora en la Libertad. Me encontré tan aislado en mi empeño, que hubo — lo confieso — un momento en que llegué a dudar; pero precisamente cuando mi ánimo comenzaba a vacilar, recibí de la clase obrera las primeras muestras de estimación y las primeras palabras de estímulo. No vacilé más, y continué en mi empeño, ora en la prensa, ora en mi humilde esfera como del Gobierno, cuando siempre de las innumerables bondades de aquella honrada y benemérita clase, que debo considerarse como el primero, el más eficaz y, en la práctica, el más ilustrado de todos nuestros elementos sociales, como lo comprueban su organización en sociedades confederadas y hábilmente regidas, su espíritu de conciliación, verdaderamente superior al de las Sociedades de Obreros de otros países, y su amor al progreso de los pueblos, prácticamente demostrado en la fundación de escuelas y en el sostenimiento de publicaciones periódicas.

Si después recibí una distinguida muestra pública de los fabricantes de mi Estado, cuya bondad jamás olvidaré, debí sentirme gratificado al aliento, a la

fé inquebrantable que me inspiraron los obreros. Sin el sosiego que me prestaron con su estimación, es seguro que habría yo abandonado el campo del debate, y si alguna parte puede parecer que tengo en la reivindicación del principio proteccionista, no me pertenece en realidad: a ellos y solo a ellos corresponde. Jamás les he pedido nada, y ellos me han colmado de inmerecidos honores, llamándome al seno de sus sociedades, y distinguiéndome con su franca, leal y noble amistad.

Justificado así mi afecto a la clase obrera, creo que la sinceridad de mis palabras queda comprobada.

Saludo, pues, con verdadero júbilo a los obreros de mi país natal. Ellos, al venir a esta ciudad a representar contra los gravámenes cuya inconveniencia manifestó respetuosamente al Presidente en la carta que publicó La Libertad, vienen también a comprobar cuanto he dicho en público en defensa del principio proteccionista. Y esta comprobación de las convicciones inspiradas por las necesidades de la clase obrera y del progreso de México, me es tanto más grata, cuanto que procede de los obreros y de los fabricantes de la hermosa ciudad en que vi la luz del mundo.

Sierva usted presentar a la Comisión de los obreros de Puebla mi más cordial afecto, manifestándole mis deseos por el buen éxito de su misión, por su felicidad personal y por la prosperidad de nuestro Estado.

Sabe usted el aprecio que lo profesa, como amigo y defensor de los intereses industriales, su compañero — O. DE OLAGUIBEL Y ARIETA.

Levantóse de su asiento un obrero, notable por el tono celoso de sus artículos que publica el Hijo del Trabajo; José María González. Quien sea su producción; quien recuerde que es hombre que posee un valor civil a toda prueba; que, cuando el poder del Sr. Lordo aun no comenzaba a vacilar, fué él quien se atrevió a decirle que iba por mal camino, en público, y desde una tribuna, dirigiéndole las amargas inculpaciones; que es él quien ha ocupado más de una vez el banquillo del acusado; auto su jurado de imprenta, por sus vigorosas y asagruentas invectivas, acrieris que era González un hombre lleno de carne y de sangre; nervioso, de rampagante mirada; y nada de eso: es un hombre de mediana estatura, de frente elevada, de mirada desmentando pálido, delgado, de mirada melancólica; levántase, denotamos, de su asiento, y dió lectura a las siguientes líneas, que revelan como en su inteligencia, que es clara y vigorosa, van entrando ideas serenas, que reemplazarán dentro de algún tiempo a algunas de las utopías que han sido el ordo de ese simpático adalid de la clase obrera, que se llama El Hijo del Trabajo.

Señores: El elemento de vida del obrero, es el trabajo.

El elemento de vida del trabajo, es la paz.

Los elementos de vida de un pueblo, son la paz y el trabajo, y el elemento de vida de la humanidad, es el progreso de los pueblos.

El pueblo que vive la vida agitada del trabajo, es un pueblo feliz que tiene, forzadamente, que caminar por la senda del progreso. El progreso conduce al perfeccionamiento, y el perfeccionamiento es la misión de la humanidad.

No se concibe el capital sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital; pero siendo el capital formado por el trabajo, es evidente que el trabajo tiene los honores de la primacía; por eso el trabajador a pesar de su humildad, es grande, es noble, es sublime.

Cuando el capital y el trabajo caminan perfectamente unidos, la miseria huye; pero inmediatamente que ese consorcio no desuna, la miseria es la señora del trabajador; por eso, la conveniencia mutua, basada en la más pura moral, debe hacer que el capital y el trabajo formen un solo cuerpo; así, y solo así, se comprende el bienestar social.

El Hijo del Trabajo, semanario independiente y defensor de los obreros, ha hecho una oposición tenaz a ese nuevo impuesto; y no la ha hecho por capricho, sino que en la conciencia de sus redactores está que ese impuesto es injusto; por consiguiente, se ha puesto del lado de vosotros y de vuestros patronos; si estos abusar, estará solo de vuestro lado; si vosotros abusar, volverá a estar del lado de vuestros patronos; pero si unos y otros camináis de acuerdo, estará del lado de ambos; decid esto a vuestras hermanas que os esperan en Puebla, y decidles, además, que los redactores del Hijo del Trabajo, también obreros, les aconsejamos que no se humillen, pero que tampoco lleguen al extremo del ridículo y de la arrogancia.

Os suplico brindéis conmigo por el trabajo, por la paz y por el engrandecimiento de nuestra patria.

Si hemos de seguir hasta donde nuestra memoria nos ayude, el orden cronológico de los brindis, debemos hablar de nosotros mismos en este lugar. Dijimos algo, en nombre de este periódico. Debo haber sido que bajo cierto aspecto, lamentábamos más el error del gobierno, porque si había dado motivo a la urgente defensa hecha por los obreros, de sus derechos que los nuevos impuestos hicieron en su raíz. A veces, en efecto, es bueno herir la dignidad de los hombres para darlos ocasión de defenderla; y a lo que no puede haber sido más significativa esta viril defensa hecha no solo por los obreros poblanos sino también por los de la capital de la República. Ley es, en verdad, de las naturales honradas, el sublevarse contra todo lo que les oprime y les indigna; y cualquiera que hubiera sido el resultado de esta comunión sentida por los hombres de trabajo; cualquiera que fueran los resultados de su vigorosa resistencia, esta generación de hombres tan firmes, de tan elocuentes oradores improvisados, de fuerzas tan sanas

estál diciendo claramente a la patria mexicana, que en la época en que sus grandes derechos sean heridos, serán fuertes en defenderlos; es lo que por la herida de un hecho se levantan; garantiza a la patria que esta exuberancia de vitalidad, tan enérgica ya en el momento de su primera manifestación, tan decidida en su conciencia, tan alta en su voluntad, le dará hijos nuevos y potentes, no educados en desobediencia de servilismo, no viniados en los hábitos de pasadía hipócrita humildad, sino producto sano y puro de una educación que será firme en el deber puesto que es firme en el derecho, que vivos en una atmósfera de recíprocos e iguales servicios y derechos no comprenderán las contradicciones egoístas, no entenderán cómo para servir a la sociedad, de la cual los gobiernos son fórmulas, haya de vulnerarse derechos fundamentales en la sociedad como el derecho a la propiedad.

Algo parecido a esto hablamos, concluyendo por brindar por la armonía entre capital y trabajo, alma y cuerpo, dijimos, los dos términos de la vida, y que nunca pueden ni deben andar aislados, como no pueden ni deben andar aislados hombre y mujer, que se completan, exigen e hidrógeno; alambre y electricidad. Y con nuestro brindis por la industria y el trabajo, y refiriéndonos muy particularmente a Puebla, saludamos un brindis por la agricultura, una de las fuentes más vivas de riqueza en aquel Estado.

Por qué brindamos por la agricultura? Por esto: la industria en México, y en esto consiste el gran mérito de los industriales, no ha podido llegar a la altura en que se encuentra, sino a costa de grandes y costosos sacrificios; y no podrá progresar si no se procura el mayor consumo de sus productos. Es, pues, necesario procurar una gran masa de consumidores. ¿Cómo se conseguirá esto? Aumentando las fortunas, creando necesidades y medios para llenarlas; a eso fin se llega por el cultivo de la tierra, que es el permanente veneno de riqueza, la que mejor reparte sus productos, la que está sujeta a menor número de fluctuaciones. Esta ha sido nuestra mal: habernos ocupado tanto de las minas, descuidando la tierra, la única riqueza estable.

El Sr. Francisco G. Cosmes, brindó, en nombre de la redacción de La Libertad, explicando el por qué con tanto ardor este periódico ha impugnado los últimos impuestos, sosteniendo la causa de la industria. La Libertad ha estudiado el gran problema social que alligó al país, y ha hallado que la industria es de todos los elementos conservadores que el país tiene en su seno el más a propósito para arraigar la paz y favorecer el trabajo. Y La Libertad es partidario entusiasta de la paz. Hé aquí las razones de su aplaudida conducta en la cuestión de los últimos impuestos.

Seguio después, un verdadero tirroteo de brindis, a cual más sentidos y esportivos, dichos, casi todos, por aquellos obreros de abierta simonía y de aucha y oncalleada mano. Fueron bellos aquellos brindis, porque brotaban espontáneamente, porque se identificaban con los sentimientos que dominaban a la reunión en el momento en que eran pronunciados; hablaban el lenguaje de las almas, y las almas siempre están despiertas.

El brindis, sobre todo, del Sr. Oáman Huerta, fué sellado con ese carácter. Hé allí un Oáman Huerta el tipo del obrero, respetado y querido de sus compañeros, a quienes arrastraba el día en que lo quisiese. Este hombre ha puesto la mano sobre el corazón de sus hermanos y cada una de sus palabras responde a un latido de esos corazones. El tiene fácil palabra — ya la ha dicho antes que yo El Monitor. Pues imagínese cómo esta juventud crecerá en él en los momentos en que se halla conmovido. Y lo estaba, y hondamente, en aquella hora. Así pues, los aplausos que se le tributaron fueron verdaderamente grandiosos.

Algunas otras palabras verdaderamente notables se dijeron. Nuestro amigo Mucio López hizo dar lectura a la siguiente, síntesis de su noble carácter.

«Para los que, como yo, han sido trabajadores, y ahora vivimos cerca de los trabajadores, confundidos en sus esperanzas y sintiendo sus dolores, fiestas como ésta no pueden menos que herir las fibras más delicadas del corazón, que responder, aunque sea por un momento, el curso de las diarias penas, que vástis de primavera el corazón, que hacer soñar con la existencia de días mejores en el futuro. Me contemplo en la contemplación de cada uno de estos hermanos nuestros, que encargar al ejercicio de sus brazos el bienestar suyo y de sus hijos, y no puedo menos de sentir que mis brazos se mueven en solicitud de abrazar.»

Señores: yo brindó por esta unión tan anhorada del capital y del trabajo, que hoy vemos realizada.

El Sr. Luna Lara, ofreció en nombre del Presidente de la República, que la reglamentación del nuevo impuesto es modicísima y no tan solo eso, sino que se buscará la manera de hacer menos dura, la condición de las personas a quienes los nuevos impuestos van a lastimar.

Entre aplausos fué recibida esta promesa del diputado de Puebla, promesa que cada uno de los obreros presentes recogió cuidadoso, y cuyo cumplimiento está seguro no tendrá ocasión de reclamarse.

El Sr. Telesforo García habló nueva y solemnemente, ofreciendo, a su vez, que, a pesar del nuevo impuesto, las fábricas no se cerrarían, las multitudes obreras no serían por tanto lanzadas a la miseria y tampoco se les robaría los jornales acostumbrados. El entusiasmo de los trabajadores llegó en aquellos momentos a su colmo, interrumpiendo al orador con frenéticos y redobladamente aplausos. En aquellos momentos se acercaban a la sala unos pobres bohemios, unos de esos melancólicamente

bulantes que andan por las calles como andan por los cuartos, con sus arpas al hombro, buscando el pan cotidiano; en alegres, corriendo, corriendo aléctricos; llegó a ellos; ellos penetraron a la sala, se desdijeron, y los habitantes tomaron el Hijo Nacional como un resorte muelle, y aquellos trabajadores en cuyos ojos se reflejaban las lágrimas; se levantaron de sus asientos y representantes de la industria y de la prosa fueron abrazados por ellos, con la expresión del hombre agradecido a quien se arranca del corazón un dolor que le punzaba como aguda espina. Oh! cómo es pobre la pluma para pintar aquel cuadro....

Y siguió después hablando el Sr. García: «Los industriales, dijo, han querido asumir en esta vez, toda la responsabilidad y todo el peligro, para salvar a los obreros, que eran los más débiles; así pues, para que el obrero fuese tocado, necesario sería que el industrial cayera, como en el campo de batalla tiende que caer el capitán, el que marcha a la cabeza, que caer despojado y muerto, antes que el enemigo hiere y mate al valiente soldado que sigue a su capitán. Permítanme la comparación, señores: en esta vez, el industrial ha querido ser el primero; ser el capitán; vosotros habéis sido sus indomables soldados; volvémos del combate: el capitán se felicita de hallar a su lado a todos los suyos. Lo repito: el deseo del industrial ha sido conservar inculmado el pobre patrimonio de sus buenos trabajadores.»

Extendiéndose después el distinguido orador, en muy altas y muy hermosas consideraciones filosóficas, concluyó brindando porque basadas en la grandeza los obreros en la asociación, hiciera la más perfecta del progreso, en nuestro tiempo.

«En verdad es fórmula, dijimos nosotros, pero puede servir a todos los obreros. ¿Los pobres obreros del campo podrían contentarse con ella? Para los hombres completos es evidentemente la palabra de salvación; pero levantamos los ojos de la tierra y tropicemos con el hombre a cuyas plantas a la tierra un pedestal. ¿Y son tales hombres todos los que viven en nuestros tiempos con una forma? Hablamos de la desventurada y raza indígena, por todos despreciada y olvidada por todos. Pero los ojos se habilitan a la miseria; pero nos imaginamos que son irremediables los males que constantemente hemos visto a nuestras plantas, humildes, arrastrados, celestizados, y, oñenamente individualistas los hombres, no pensamos en que la vergüenza agena nos avergüenza; en que todavía está expuesta a la degradación quien mantiene hombres degradados a su lado y no solo los mantiene sino que los degrada más y más.»

Estamos palpando los males de este olvido, palpitando en ese exagerado plan socialista, últimamente publicado, pero que es como el grito de angustia del indio miserable, hambriento, degradado. Si, brindemos por la asociación, pero también porque se busque un medio que produzca sus mismos resultados, entre los pobres obreros del campo, entre los miserios indígenas. Oh! señores, no hay que olvidar que la lava de los volcanes, es en el seno de la tierra donde se engendra. Y se brindó por la raza indígena.

Por último, habló el Sr. Palacios Rojí. Un cartel había asegurado atrevidamente no sabemos qué exagerado sobre honorarios pagados por obreros e industriales al digno Presidente de la Comisión Obrera. El Sr. Palacios lo negó; los obreros, en pie, sostuvieron esa negación. Era noble caballero, apenas recibió los gastos de viaje y el presupuesto de su casa en los días de su ausencia. Este rasgo conmovió, y haría, por sí solo, la gloria de un filántropo.

Allí estaban los pobres bohemios, pálidos y tristes; tocaban con esa melancolía particular a esos músicos errantes agradables piezas. Carrasco, un limpio y blanco corazón, pidió que se les sirviese como a nosotros.

«Que coman, que beban, que choquen su copa con la mía, exclamó.» Aquellos pobres melancólicos, apolíticos, interesaban de veras: uno especialmente; porque que dialogaba con aquel su violín, que gemía; hubo un momento en que inclinó sobre él el oído; pensaba yo en que así debían las postas inclinarse sus oídos sobre la tierra para escuchar sus gemidos. Pobre tierra! hecha sepulcro por los odios, cuando solo quería abrirse para recibir semillas que ella devolvería en frutos y en flores.

Entre nosotros se hallaba un fuerte improvisador: el Sr. D. Pedro Ordoñez; varios de los distinguidos y cuartetas que se fueron mecen produciendo merced a conservarse: nos es indel la memoria, y lo sentimos: pensamientos originales: suavidad en la forma: eso formaron los versos del Sr. Ordoñez.

Quisí terminar la mesa, propuso un brindis por el Sr. Telesforo García, uno de los obreros, quien, después de exponer los trabajos de este señor, en el negocio de los impuestos, dijo que para que los obreros lo amasen, no era obstáculo su nacionalidad española.

Dedicadamente y con rasgos verdaderamente elocuentes y conmovedores, de esos rasgos que no se pueden trasladar al papel, contentó este brindis el Sr. García; habló de su pequeño hijo mexicano, de su esposa mexicana, de sus afeciones engran parte consagradas a éstos mexicanos también, y dijo que las nacionalidades no existían, sino como una forma necesaria para encerrar las aspiraciones y las necesidades de determinados grupos de seres, que comprenden en la inmensa nacionalidad humana. Son, dijo, las nacionalidades a manera de las flores, a las que el sol colora de distintos matices; será el color distinto; la planta es una misma, aquí o en la región más lejana de nuestra tierra.

Cuatro veces fué interrumpido el Sr. García en su magnífica peroración y al terminarla, no había uno, sin duda, uno de los concurrentes, que no aliflora por

el un arranque de simpatía. Tal había sido la sinceridad, la elocuencia, el calor de su palabra.

Tuomás el café en los jardines y a las seis comenzaron a abandonar los obreros de Puebla el Tirol: tenían que partir en misma noche: casi todos no dejaron sus recuerdos: a todos prometimos no olvidarlos. En verdad, así quedan sus nombres escritos en nuestra cartera, como grabadas en nuestro corazón.

Lo repetimos: ha quedado sellada en la reunión del domingo la alianza entre trabajadores y capitalistas, debida, en gran parte, al tacto de los representantes de uno y otro elemento. Bueno es esto y será fecundo. Gran día ha sido el domingo, pero más grande sería aquel en que los capitalistas y el gobierno se uniesen, llevando, cada cual, para la obra del engrandecimiento nacional, su contingente: éstos sus capitales; su espíritu de empresa; aquel su protección docilísima y sinuosa a la industria y al trabajo, su respeto severo a la propiedad, que es la paz, — así lo creía Juárez. GZMANO M. SILVA.

GACETILLA.

A la sociedad Esperanza. Len el Orguillo de San Pedro y San Pablo lo que dice el Obrero Queretano: Tu felicitamos sinceramente por haberse librado del contagio y del cáncer político que ya en México ha envenenado, por desgracia, el cuerpo social.

Existió en aquella capital una asociación que se llamó Gran Círculo de Obreros, la cual, al principio, cumplió al pie de la letra su programa; pero poco a poco fué destruido de tal manera sus estatutos, y se arrojó tan vergonzosamente por el fuego de la política, que no ha mucho, se entregó y se vendió, pasando sobre sus bases, sobre su programa y sobre cuanto hay de noble y sagrado, al gobierno de Tuxtla; al gobierno que, en lugar de proteger a la clase obrera, está tratando de aniquilarla.

Pero muchos de sus miembros, y muy a tiempo, animados de muy opuestos sentimientos, y ante quienes no llegó la secta empozada del tuxtelenismo, protestaron contra tan escandalosa conducta, desconociendo a la mesa directiva, y estableciendo ellos la Primera Suavral de las varias que llegó a tener la referida asociación.

Tenemos en nuestro poder la circular que dicha asociación ha expedido, con motivo del desconocimiento que varios obreros hicieron; como hemos dicho, de su mesa directiva, la cual no hacemos conocer por ahora a nuestros lectores, por el corto tamaño de nuestro semanario; pero pronto aparecerá mas grande, y entonces publicaremos dicha circular, para que se vea, como una asociación, en el momento que pasa de su esfera, es decir, luego que se mezcla con los gobiernos, irremisiblemente se pierde, como ha sucedido con el Gran Círculo de Obreros de México.

De nuevo felicitamos a la Sociedad Esperanza por no haber manchado su programa, por haber siempre amando a su mismo fin, por haber sobre todo, sido digna de su grandioso objeto.

Los socialistas.

Dice el Proteccionista de hoy: «Ya ha parecido un plan socialista, p'án que hay que combatir de cualquier modo, pues no puede brindar mas que el pillaje y la desmoralización.»

Nosotros creemos que el gobierno debe hacer un ejemplar castigo con los autores e cómplices de ese plan, porque puede traerlos en la revolución más desastrosa que registre la historia.

El socialismo hoy es sinónimo de bandadaje, y como tal debe suer sobre sus iniciadores todo el rigor de la ley.»

El socialismo no es sinónimo de bandadaje.

Hartos los pueblos de pésimos gobiernos, optan por no tener ninguno. Ese calificativo se les puede dar a los políticos, que engañan a los pueblos y los conducen a su desgracia. Sapan todos los obreros socialistas que el Proteccionista les llama bandidos. Y qué?

Escuela de Artes.

Leemos en El-Luz de los Niños, de Mazatlan:

«Un puñado de artesanos humildes y honrados se han constituido en este puerto en sociedad, con el nombre de «Artesanos Unidos», y animados de las más nobles y altas miras, tratan de establecer una escuela de Artes y Oficios. Al efecto cuentan ya con una herramienta completa de herrería, cedida gratis por el entusiasta y filántropo D. José Borda, una de carpintería por el siempre progresista Sr. Magaña; una de zapatería por el Sr. D. Francisco Piña; y una para encuadernación por el Sr. D. Carlos J. Moreno. El ramo de imprenta lo darán varios socios, y de este modo la sociedad contará bien pronto con su órgano de comunicación, con un periodiquito.

Ultimamente se ha dirigido a este M. J. Ayuntamiento pidiendo una subvención para ayuda de la renta del local, con el fin de llevar adelante su propósito. Oremos por demás agradecer a este M. Cuerpo, impartir todo su apoyo a los «Artesanos Unidos» desde que, visto el noble fin que se proponen, no han menester elogios. Desde que los resultados están demostrando, que esta sociedad, en la primera en Mazatlan, que ha poseído una biblioteca para sus conatos, la que diariamente aumenta con donaciones que recibe.

A nuestro turno y para cuando llegue el caso, ofrecemos que en la Escuela de Artes daremos clases dominicales, ayudados por nuestros profesores de este puerto, alternándonos en los ramos que se juzgo más indispensables; para lo cual oremos que ninguno se escusará. ¡Adelante! «Artesanos Unidos», ¡adelante!